

el orden, ó cuando mas del magistrado que juzga ó del código penal que condena. Las clases elevadas son del todo indiferentes; á lo mas, prevenidas contra la revolucion por las predicaciones neo-católicas, han hecho del catolicismo una especie de Dios Término encargado de velar por sus propiedades. En el pueblo hay dos clases. El pueblo de las ciudades adolece de preocupaciones invencibles contra la religion, miéntras el pueblo de los campos adolece de un fetichismo pagano, que mata toda pura idea religiosa. El alto clero habla mas de política que de religion; y al clero bajo, mas del culto que de la moral. La supersticion reina en los extremos de la cadena social. No hace mucho tiempo que se hablaba de embaucamientos, de llagas, de ridículos milagros. Los de arriba creen mas en los golpes que da el pié de una mesa que en los movimientos de la conciencia; y los de abajo mas en sortilegios que en la virtud de las buenas obras. Muchos creen que con orar han cumplido, aunque luego procedan mal en en la vida. Se parecen á los lazzaronis de Nápoles, que despues de encender una luz á su madona ya se creen con autoridad para encenegarse en los vicios mas infames; ó á los bandidos de andalucía que llevan un escapulario sobre el cual apoyan su trabuco; ó al Monipodio de que nos habla Cervantes en Rinconete y Cortadillo, que apartaba una buena porcion del botin robado para comprar velas á la virgen, á fin de que protegiere los robos en lo futuro. Esto es horrible, tristísimo. Es necesario restaurar la conciencia, restaurar el espíritu, despertar la idea religiosa en el alma. V. E. con medios espirituales, con su ministerio sublime, con sus virtudes con su ejemplo, con su predicacion constante, puede hacer mucho, como todos sus hermanos, en esta obra. Pero la religion tiene un lado social. Tiene una influencia social, y al publicista toca como un derecho, como un riguroso deber, tratar de las relaciones de la religion con la vida social de los pueblos, de las relaciones de la religion con el Estado. Y aquí se encuentra Exmo. Sr., gran parte del remedio al mal que lamentamos. Para este problema, como para todos, la democracia, que es la doctrina social mas perfecta, tiene una solucion admirable: la libertad de la Iglesia. Si no importuno á V. E. pidiéndole antes que me dispense, que no vea sino mis buenas intenciones, mi deseo de acertar, de decir la verdad, de hacer el bien, si no le importuno, decia, hablaré en mis próximas cartas de la libertad de la Iglesia, y antes de despedirme de nuevo, permítame que le salude con todo respeto y veneracion.

CARTA TERCERA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: en mi carta anterior espuse todo cuanto pensaba sobre nuestra decadencia moral y nuestro profundo malestar. Yo atribuyo todos estos males á que la religion no está en la conciencia, sino en la ley, en el Estado; lo cual hace que la fuerza moral haya sido reemplazada por una fuerza mecánica. Y este es el lamentable error en que caen á una todos los neo-católicos. Así no discuten, no denuestan; no racionan, acusan; no creen tanto en la autoridad de Santo Tomás ó de Balarmino, como en la autoridad del fiscal de imprenta y del juez de primera instancia; no fían nada en la virtud del evangelio, lo fían todo á la virtud del código penal. Y aquí, Exmo. Sr., entra la cuestion que propongo á V. E. con todo respeto, y que V. E. debe considerar, no por lo que vale quien la propone, sino por lo que vale y significa la idea en sí misma. Consideremos que no estamos solos, que no es posible vivir en el aislamiento feudal, y que si la Iglesia es reina en España, es sierva en la mayor parte de las naciones del mundo. Por eso desea, con grande aplauso de todos los católicos, el conde de Montalambert, en el congreso de Malinas: renuncie á sus privilegios la Iglesia católica, donde es reina, para alcanzar y obtener su derecho, donde es sierva. Porque no resolvemos la cuestion con decir que el catolicismo es la verdad. Aun admitido y proclamado esto queda una segunda cuestion. ¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion verdadera? Todas las re-

ligiones desde el brahmanismo hasta el protestantismo han dicho á los gobiernos; yo soy la verdad. De todas han abusado para fines mundanos los gobiernos, y las han esgrimido contra sus enemigos. El brahmanismo ha tenido por víctimas los párias, el protestantismo los irlandeses, el paganismo los cristianos, y los gobiernos han dejado desgraciadamente un reguero de sangre que condena la justicia de Dios.

V. E., acostumbrado á un ministerio puramente espiritual, sabe que el criterio de toda religion es la fé. Y la fé es la evidencia interior que ó no admite pruebas ó las rehuye. Creo, porque creo: tal ha sido la principal razon de los creyentes. Otras veces han dicho mas, han dicho, *credo quia absurdum*. Prescindamos de la verdad ó de la mentira de las religiones, que no importa para asentar el ideal de relacion entre la Iglesia y del Estado. Para el gobierno español la verdad es el catolicismo, y para el inglés el protestantismo. Despues de todo, como ha dicho el conde de Maistre, en el fondo de las religiones mas diversas, se encuentran rastros de una tradicion universal. Todas las religiones han consolado al hombre en su camino. Desde la religion que adoraba el tallo de yerva, la gota de rocío, el ave gigantesca que abria sus alas en la region de los vientos, la luna llena cuando surgia del seno de las olas y celebraba sus misterios, teniendo por templo los bosques, y por altares los peñascos; desde la religion que adoraba la naturaleza, hasta la religion que adoraba al hombre, y cuando el sol salia por el Himeto, enviaba desde el templo á las orillas del Ejeo los coros de las vírgenes coronadas de verbena, tañendo cítaras de oro, y entonando los cánticos de los mas sublimes poetas; desde la religion que adoraba al hombre hasta la religion espiritual que adoraba á Dios, y ha erigido las catedrales góticas y las ha tejido de los matices de la luz con los vidrios de colores, y las ha poblado de estátuas que representan todos los grados de la oracion y del dolor, y les ha dado el murmullo de una plegiaria con los acordes del órgano, y lengua para hablar á los vientos con las campanas, y lazo para el cielo con la alta cúpula que se tiñe de los arreboles del aire; todas las religiones como ha dicho un autor católico, han consolado al hombre, dejando en los espacios esas obras del arte, que forma como la escala misteriosa por donde el espíritu humano sube, sacudiendo de sus alas el polvo de la tierra, á trasfigurarse en lo infinito.

¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion? Omar dice: sí. Cristo dice que no. Las religiones tienen sus armas, el convencimien-

to para la inteligencia, la persuasion para la voluntad. V. E. cree mas en la fuerza de un ejército de misioneros para fines religiosos que en la fuerza de un ejército de zuavos; mas en una pastoral que en un cañon. Las religiones no se mantienen por los fiscales, ni por la vara de cabo de presidio, ni por las bayonetas de todos los ejércitos del mundo; se mantienen por el asentimiento de las conciencias, por la fé de los corazones. Lo primero que la religion representa, ¿qué es? la relacion de toda la vida con Dios. La religion vela en nuestra cuna y nos envia el ángel custodio protector de los primeros ensueños, purifica los corazones jóvenes aperciéndolos á recibir, como vasos de bendicion, los aromas de los primeros amores; bendice la familia que formamos; santifica la mujer que elegimos por esposa, convirtiendo el hogar en un templo; nos auxilia á educar los hijos, á levantar las alitas de su fantasía al cielo, y enderezar sus primeros pasos al bien; nos une por la oracion con los seres que se van de la vida y por la esperanza en la inmortalidad con los seres que vienen á la vida; y en la hora de la muerte, cuando todos los horizontes se cierran y oscurecen, cuando el sepulcro abre á nuestros piés sus negras fauces, cuando todos nos abandonan al silencio del eterno sueño, la religion nos promete que léjos de perdernos en la nada, la esencia de nuestra vida, como el vapor de la catarata que sube á los cielos miéntras el caudal de las aguas se desgaja en los abismos, la esencia de nuestra vida se dilatará en el regazo de Dios. Mas para cumplir estos fines, ha de ser creida por nuestra fé, amada por nuestro corazon, acepta á nuestra conciencia, faro luminoso á los ojos del alma. En vez de moderar los ímpetus de la juventud, los viciará, si por ella no tenemos amor. En vez de unirnos por un juramento á la familia que formemos, nos unirá por un perjurio. En vez de auxilio, nos servirá de estorbo en la educacion de nuestros hijos, porque no enseñan los labios como verdad lo que el corazon siente que es mentira. En vez de consolarnos en la hora de la muerte, sus oraciones, sus ceremonias turbarán nuestros instantes; y harán desesperada esa postre hora en que el hombre necesita recoger todo su espíritu y toda su vida para presentarse, no ante el juicio de los hombres que creen la fé mentida por los labios, sico ante el juicio de Dios que ve el fondo de la conciencia. Indeciso el moribundo entre su fé de hombre y su fé de ciudadano, verdaderamente no sabrá cómo ha de morir en esta última hora en que todas las mentiras se acaban en los resplandores de la verdad eterna. De este triste estado de los espíritus hay una grande

enseñanza en la historia, una enseñanza que me ha movido á profundas meditaciones en mis estudios históricos. Notad, señor, los hombres mas célebres de los últimos dias del paganismo. ¡Qué miserables en su vida, y qué grandes en su muerte! No hablemos de Bruto y Cato. El pretoriano Antonio sabe morir. Ciceron que habia vivido como un cortesano, espira como un héroe. El emperador Othon fué en su vida ménos que una prostituta y fué en su muerte mas que Sócrates. Tácito no acierta á dar de esto razon. ¿Sabeis por qué vivian vida tan miserable? Porque vivian en contubernio forzoso con dioses en quien no creian. ¿Sabeis por qué morian muerte tan sublime? Porque morian libremente en el Dios de Platon, en el Dios de su conciencia. Por eso yo creo que el poder del Estado, que la fuerza de los gobiernos, nada vale, nada importa para fomentar las creencias religiosas. Creemos ó no creemos en la religion del Estado. Si creemos, creemos por nuestra conciencia y no por el mandato del Estado. Luego su proteccion es inútil. Si no creemos y decimos que creemos, á los ojos de la religion cometemos una verdadera hipocresía. Luego su proteccion es dañosa. V. E. en su alto ministerio, que tantas veces le habrá obligado á bajar á los profundos abismos del espíritu humano para arrancar de allí muchas espinas, sentirá inmensamente, mejor que yo pudiera decírselo, cuánto daña el espíritu religioso la hipocresía.

Sobre la conciencia no puede haber coaccion. Por eso nuestras mismas leyes, nuestro Código penal condena la libertad de cultos, pero admite la libertad de conciencia. Y por esto la Iglesia ya no acostumbra á pedir el auxilio del Estado contra aquel que no cumple sus preceptos espirituales. Pues bien, si ha dado un gran paso hácia su jurisdiccion, hácia su propia libertad, ¿por qué no ha de concluir de dar los pasos que le faltan, renunciando completamente á la tutela del Estado? Para regir la conciencia, le bastan los medios espirituales, porque no hay sobre la conciencia accion material posible. Por eso llamaba Sócrates á la conciencia, la voz de Dios en la vida. Si la religion fuera una ley coercitiva, una ley material destinada al hombre que ha de vivir en sociedad, comprendo que echara mano de jueces, alcaldes y alguaciles. Pero el objeto de la religion, es mas alto, mas trascendental. Lo eterno, lo incondicional, lo absoluto es el norte de la idea religiosa. Quanto mas pienso en esto, mas claro lo veo, Exmo. Sr., mas claro. Es un devaneo hacer de la religion como una ley de imprenta, como una ordenanza de policía. Si el hombre estuviera destinado á vivir un dia, y á pasar como una sombra que

empaña por breves instantes el espejo del espacio; si no tuviera mas fin ni mas destino que caer convertido en polvo sobre este planeta; si todo en él terminara con procurarse mejor sustento, mejor habitacion que las generaciones ya muertas, entiendo que bastaria á sus necesidades una religion mecánica, regulada por el Estado, atenta solo á conservar el órden civil y el órden material; pero cuando el hombre se siente llamado por una voz á mas altos fines; cuando reconoce en sí una libertad, por tan maravillosa manera ordenada, que le alza del mundo de los efectos al mundo de las causas; cuando su deseo es una sed infinita, su amor una llama inextinguible, sus ideas mas numerosas que los astros, su razon mas grande que el espacio, su personalidad mas duradera que el tiempo; cuando los hechos, las instituciones, las leyes, las artes, las ciencias, son como gradas por donde se sube en ascension continua, en crecimiento progresivo á sus altos fines, y al término de esta ascension gloriosa se ve á Dios, necesita para volar á Dios libres y abiertas las alas de la conciencia. Despues de todo, ¿qué han podido Neron, Diocleciano, todos los soberbios tiranos, contra la inviolabilidad de la conciencia? Nada. ¿Por qué? Porque la conciencia es la reflexion de todas las facultades del espíritu en sí mismas, y no puede ser cohibida por ninguna fuerza, encerrada en ningun calabozo, vigilada por ningun carcelero, guillotizada por ningun verdugo, pues sin duda, es libre como la voluntad, infinita como el pensamiento, incoercible como el alma, de la cual podiamos decir que tan grande facultad es como la luminosa corona.

V. E., en su sagrado ministerio, verá mil veces, que á donde no llegaria la fuerza de un gobierno llega la palabra de un obispo. Y esto le persuadirá de la radical impotencia del Estado, del gobierno, para ordenar y regular la fé religiosa. Yo he visto esa impotencia en las sociedades antiguas y en las sociedades modernas. Para no tratar cuestiones peligrosas, que yo quiero evitar á toda costa, desarrollaré ante V. E. en breves palabras lo que sucedió á la religion pagana, á esa religion que, si no puede satisfacer nuestro espíritu, ni iluminar nuestra conciencia, animó á pueblos tan sabios como Grecia, á civilizaciones tan robustas como la civilizacion romana. El paganismo tiene su edad sencilla, primitiva, en los dioses caribes; su edad media en la teocracia dórica, consagrada al culto de Apolo; su edad de protesta en la aparicion de Homero; su edad filosófica desde Thales hasta Aristóteles; su edad de reaccion, de neo-paganismo, de lucha con nuevas creencias, de alianza con el Estado, en aquellos

últimos tiempos en que Júpiter y el César eran una misma persona, la religion y el imperio una misma cosa. Pues bien, yo he notado que cuando esta religion vivia principalmente por sí, contando mas con su fuerza que con la fuerza del Estado, porque desligada del gobierno y del Estado nunca estuvo, lo cual prueba su radical impotencia para ser una religion duradera; cuando contaba mas con sus fuerzas que con las ajenas, con las fuerzas políticas, el paganismo estaba vivo: las sacerdotisas pleyades llenaban de flores el altar, de víctimas el ara; Apolo se alzaba resplandeciente de luz en el templo erigido sobre las colinas sembradas de mirtos y laureles; Baco, venido de la India con la frente coronada de pámpanos, representando la embriaguez de la vida, dividia con Apolo el dominio del mundo; Homero despedia de cada uno de los acordes de su lira el alma de un Dios; y mientras los dioses mayores, creados por los poetas, vivian allá en el Olimpo, tendidos en las nubes, coronados por el iris, saludados por la diosa Armonía que trasformaba los rayos del sol en cuerdas de su arpa, mientras los dioses mayores vivian en las cumbres de los montes, respetados por los pueblos, lloviendo estrellas en el cielo, gotas de rocío en los campos, los génius menores se esparcian por la tierra y llenaban de faunos las selvas, de nereidas los mares, de ninfas los arroyos; y en cada bosquecillo, en cada umbria, en cada recodo de la costa tenian templos, de los cuales se exhalaban aquellos cánticos ébrios de placer que inundaban de febril voluptuosidad toda la naturaleza. El espíritu, ese eterno desterrado, comenzó á disgustarse de culto tan sensual, comenzó a levantar los ojos al cielo. El estado quiso salvar la religion y no pudo. En vano maldijo á Thales; del alma de Thales nació Pitágoras. En vano obligó á Pitágoras á misterioso silencio. De aquel silencio nació andando el tiempo la vida idea de Xenophanes. En vano desterró á Xenophanes, porque vino Sócrates. En vano dió la cicuta á Sócrates, porque al pie de su sepulcro donde parecia enterrada para siempre la conciencia humana, brotaron Platon y Aristóteles, las dos faces de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos caras del espíritu. La cicuta de los tiranos mató al Sócrates de un día; pero no pudo matar al Sócrates de todos los tiempos. El paganismo herido se moria. Cuando en la eternidad sonó su última hora, nada pudo el imperio, nada pudieron las legiones, nada los magistrados, nada las fuerzas colosales de Roma para salvarlo. Yo no conozco reaccion mas grande, reaccion mas inteligente, que la reaccion sostenida por Juliano. ¿Y qué alcanzó aquel

jóven con todas las fuerzas del Estado á su disposicion? Nada. Un día, fué al templo de Apolo en Dafne, por él restaurado, y no encontró flores en el altar, ni ofrendas en el ara, ni coros que repitiesen los antiguos cánticos sacros, ni adoradores que llevaran las copas de oro á los labios para ofrecer las antiguas libaciones, porque el Estado podrá mandar abrir las puertas de los templos de piedra, pero no puede abrir las puertas del templo espiritual de la conciencia, cuya misteriosa llave es la fé.

Exmo. Sr.: Los cristianos, que trajian la buena nueva para renovar el mundo, separaron, diferenciándose radicalmente del paganismo, la conciencia, del Estado; la religion, del imperio. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Esta sublime palabra de Cristo ha separado para siempre la religion, del Estado; ha consagrado para los siglos de los siglos la libertad de la Iglesia. "La ley de Cristo, dijo Santiago, es ley de libertad." "Nada tan voluntario como la religion, esclamó San Pablo: *Nihil tam voluntarium quam religio.*" "Nosotros no pedimos el poder, escribia San Justino á Trifon, pedimos la libertad de nuestra creencia." "Cristo, sentia Orígenes, no roba las almas como los ladrones, ni las compra como los ricos, ni las fuerza como los poderosos; Cristo las llama con su amor." "Mirad, esclamaba el gran Tertuliano, mirad, no sea autorizar la falta de toda religion, el privarme de mi conciencia religiosa! Y en su carta á Escápula, añadia: *Non est religionis cogere religionem.*" ¿Por qué hemos engrandecido á Constantino? ¿Declaró religion del Estado la religion católica? No, declaró la libertad de la Iglesia. Señor, la Iglesia no cambia, la Iglesia no puede cambiar la religion de la libertad que predicó en su cuna. Predicar una idea en la persecucion y otra en el poder, una en las Catacumbas, y otra en el Capitolio, se queda para esos miserables partidos que solo tienen por Dios la utilidad, por criterio el interes y por moral el egoismo. Pero la Iglesia no cambia, segun nos enseñan sus doctores.

¡La Iglesia libre! ¡Qué hermoso, qué grande espectáculo! Nombraría sus pastores sin pedir vénia alguna al Estado; ejerceria su enseñanza sin necesidad que el privilegio la limitara y la condicionara; predicaria sus dogmas y su moral con independencia entera, ejerciendo hasta sobre los gobiernos y las leyes su jurisdiccion moral y de conciencia: tendria asociaciones religiosas sin las cuales apenas se concibe el catolicismo, asociaciones prohibidas por nuestras leyes; podria adquirir su propiedad, guardar su peculio propio para procu-

rarse el material sustento; veria renacer aquellos tiempos, aquellas asambleas, aquellas glorias, aquellas grandezas, aquella virtud de las primeras asociaciones cristianas. Pero no adelantemos conceptos. Esto será objeto de otra carta. En ella probaré á V. E. que nada ha sido tan funesto á la Iglesia como la proteccion del Estado. Señor: la democracia seria un sistema social imperfecto, si no pudiera ofrecer condiciones de derecho, de expansion, á todas las maneras de ser de actividad humana. Ya el ilustre dean de vuestra catedral me ha dicho en una carta bella por su estilo, elevada por sus ideas, pura y recta por sus intenciones, que V. E. no puede temer á la democracia. Pues bien, no la maldigais: bajo todas las zonas y en todas las latitudes puede vivir el espíritu religioso que debe crecer, siendo justo, doquiera que crezca la libertad y la justicia. Tened, Señor, un poco de paciencia para esperar mis últimas cartas, y entre tanto perdoneme si en algo he faltado á lo que os debo, recibid un testimonio de respeto y veracion.

CARTA CUARTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: seguiré exponiendo á la consideracion ilustradísima de V. E. las razones en que me fundo para abogar por la libertad de la Iglesia ardentemente. Prescindo del culto que presto en mi corazon y en mi conciencia á esa idea de libertad, por la cual se distingue de los demas seres el hombre. Verdaderamente la idea de la libertad ha llegado á obtener una especie de culto en mi vida. Pero la manifestacion mas fecunda, en mi sentir, es la que se refiere á la religion, pues á medida que mis ideas son mas altas, necesitan mas para volar por lo infinito, las fuertes alas de la libertad. El cristianismo así lo predicó desde su aparicion en el mundo. Los neo-católicos, al convertirlo en instrumento de tiranía, lo desnaturalizan, y lo tuercen á fines contrarios á su ideal. Porque si se le quita al cristianismo este espíritu de caridad y de tolerancia, si de él se hace antes que la religion pura del alma, la religion coercitiva del Estado, cambiemos todo el cristianismo; y Jesus en vez de decir, "mi reino no es de este mundo" diga, cediendo á las tentaciones de Satanás que le ofrecia todos los tronos de la tierra: "yo soy el único rey;" y en vez de "dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César," diga, "Dad al César la religion, alma, conciencia;" y, en vez de reconvenir á los discípulos que pedian castigo para un incrédulo, diciéndoles, "vosotros no sabeis aún qué espíritu os anima, grite, "mueran los incrédulos, pues que mi espíritu es de esterminio, y mi sumo sacerdote es el verdugo;" y en vez de decir á Pedro en el huerto, "envaina esa espada, el que á hierro mata á hierro muere," dijérale, "someteréis por la espada á todos los pueblos;" y en vez de decir á sus apóstoles, "las armas de vuestra milicia, no son materiales," dijérale: "las armas de vuestra milicia son el cetro de los emperadores, y las espadas de las legiones;" y en lugar del cristianismo, tendríamos el mahometismo, y el Evangelio seria el Korán; y el apostolado la guerra; y el triunfo del espíritu por el milagro

de la idea, la cervidumbre por la victoria brutal de la fuerza; y aquel sublime altar del Calvario, á cuyos piés caerán de rodillas todas las generaciones, porque allí se trasfiguró el alma, sería el patíbulo de la libertad y de la conciencia.

Yo creo que las guerras de religion; las cruzadas contra los albigenses; las hogueras donde han ardido Savonarola, Gerónimo de Praga, Servet, ora las hayan atizado los católicos, ora los protestantes; las persecuciones de los hugonotes por los reyes de Francia, y de los irlandeses por los aristócratas de Inglaterra; la Inquisicion, felizmente apagada al soplo de nuestros siglos, todas estas monstruosidades que han cubierto de sangre la tierra, de ignominia la historia, han sido maldecidas por el espíritu del cristianismo, que fué el ósculo de Dios impreso en la frente del hombre. Y esta triste adulteracion de una idea tan grande ha provenido de su ayuntamiento con los gobiernos, con los poderes del mundo. Los gobiernos habrán podido dar á la Iglesia bienes perecederos, pero le han arrebatado el imperecedero bien de su independencia.

Tres soluciones puede tener el problema de la relacion de la Iglesia con el Estado. O bien el Estado se somete á la Iglesia, ó bien la Iglesia se somete al Estado, ó bien Estado é Iglesia se declaran libres, independientes entre sí. La primera solucion enjendró la teocracia. La segunda solucion enjendró la autoocracia. La primera solucion ha sido la de Roma en la Edad Media. La segunda solucion ha sido la de Constantinopla en la Edad Media. La Roma Pontificia fué teocrática; la Constantinopla imperial autoocrática. Estas dos soluciones tambien se ofrecen á nuestros ojos allá en la historia antigua. El Oriente, en que por regla general los sacerdotes predominan sobre los reyes, el Oriente es teocrático; Grecia y Roma, en que los reyes ó las repúblicas predominan sobre los sacerdotes, son autoocráticas. Yo creo la teocracia y la autoocracia igualmente infecundas. ¿Cuánto tiempo se ha podido sostener la teocracia en nuestra historia moderna? Escasamente tres siglos, sí, tres siglos de apocamiento del ánimo, de terror; tres siglos en que los pueblos temian ver la tierra disipándose como un monton de cenizas bajo sus plantas, y el cielo cayendo en lluvia como un mar de lágrimas sobre su cabeza. La teocracia se acabó el dia en que los jurisconsultos por ella educados se hicieron monárquicos, y los monarcas por ellas sostenidos se hicieron rebeldes. El bofetón que Nogaret dió en la megilla de Bonifacio VIII, sepultó para siempre la teocracia. El tenebroso poema del

Dante, poema esencialmente católico, fué su infierno. En sus últimos círculos se encuentran maldecidos por la conciencia religiosa, los tiranos que se prevalecieron de su autoridad espiritual para oprimir al mundo y despedazar á Italia. Y si tan triste fin tuvo la teocracia romana, ¿qué resultado ha tenido la autoocracia vizantina? La desmoralizacion de una raza heroica, la caída de un grande imperio, la tisis del alma de cien generaciones, y la cimitarra turca estendida en el siglo décimo-quinto como una espada esterminadora sobre la frente de Europa.

La solucion teocrática y la solucion autoocrática han sido igualmente funestas para la Iglesia y para el Estado. ¿Será mejor solucion esta semi-teocracia y semi-autoocracia de nuestro tiempo, en que ni la Iglesia ni el Estado gozan de verdadera independencia? Esta ha sido la peor solucion, señor, la peor. Examinadla con detenimiento y lo comprendereis. La corte de Roma pactó concordatos con los poderes civiles. Alcanzó que expulsaran á los judíos, ó de las naciones, ó de la vida civil; les entregó la Inquisicion, lavándose las manos por la sangre en la inquisicion derramada; aplaudió la condenacion de libros, como el método de Descartes, como el contrato social de Rosseau; inútil condenacion, pues el primer libro es la base de nuestra filosofía, y el segundo la base de nuestra política; y con esto se creyó segura. Pero al poco tiempo los poderes civiles volvieron contra ella sus armas y la aislaron por las leyes josefinas; y abolieron sin consultarla sus ejércitos permanentes, los jesuitas; y le arancaron la inspeccion de la enseñanza pública; y redujeron á mentira su censura sobre los libros; y la quitaron el diezmo; y la obligaron á mendigar el pan del presupuesto como cualquiera de las últimas oficinas del Estado; y destruyeron sus conventos donde las almas místicas encontraban un nido fuera de las tempestades del mundo; y disolvieron su propiedad heredada de tantos siglos, en el olegaje de las revoluciones.

Y este mal provino de haber olvidado la idea que le sonrió en su origen. El cristianismo se planteó como religion del espíritu frente del paganismo, que se defendió como religion del Estado. La gran defensa de la religion pagana era que los dioses habian sido los protectores del pueblo, y bajo sus auspicios habian crecido tres cosas tan grandes como el arte griego, el derecho civil, y el poder romano. El cristianismo defendia, contra Neron y contra Diocleciano, el derecho de la conciencia, á separarse de la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que en las relaciones entre la Iglesia y el Estado se